

Pavel Kohout

# La hora estelar de los asesinos

Traducido del checo por  
Fernando Valenzuela



**Alianza** editorial  
El libro de bolsillo

Título original: *Hvězdná hodina vrahů*

Primera edición: 2002

Quinta edición: 2022

Diseño de colección: Estrada Design

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© by Pavel Kohout, represented by Jussenhoven & Fischer, Köln, Germany

© de la traducción: Fernando Valenzuela Villaverde, 2002

© Alianza Editorial, S.A., Madrid, 2002, 2022

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)

ISBN: 978-84-1362-884-4

Depósito legal: M. 15.363-2022

Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: [alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

*A Jelena*



# Índice

11	Febrero
65	Marzo
210	Abril
350	Mayo
619	Después



# Febrero

Inmediatamente después de la sirena sonó el timbre del apartamento, y Elisabeth, baronesa de Pomerania, pensó que era el portero checo, que venía a llevarla en ascensor al refugio; volvió a ponerse el abrigo negro de piel que se había quitado hacía apenas un momento, cogió el maletín que tenía preparado para las alarmas antiaéreas, retiró la cadena de seguridad y comprendió de inmediato que acababa de abrirle la puerta a su asesino.

En el cementerio de Vysehrad, apenas le había llamado la atención la presencia de aquel hombre, que llevaba una bolsa muy pesada al hombro; ya estaba acostumbrada a que los checos, últimamente, adornaran con flores las tumbas de los santos patronos de su nación, incluso en público. Parecía un fontanero aprovechando un rato libre para dar un paseo, y si ella se fijó de pasada en él fue porque su cara, a la deslumbrante luz del sol, parecía la de un negro. Ahora veía sus ojos, como de vidrio, desco-

loridos e inexpresivos. Sin darse prisa, él metió entre el umbral y la jamba de la puerta una bota muy gastada con suela de goma gruesa y tras ella introdujo en el apartamento, con la misma lentitud, un cuerpo envuelto en un chaquetón guateado. Finalmente vio también un cuchillo largo y extrañamente delgado. ¡De carnicero!, recordó.

La baronesa sabía que iba a morir, pero no hizo nada por evitarlo. Y no era sólo porque un grito procedente del piso superior del edificio, donde no había otra persona más que ella, hubiera quedado ahogado por el ruido de los motores de los aviones, de una intensidad hasta entonces desconocida en Praga; es que la baronesa no quería seguir viviendo.

Como católica, no le estaba permitido quitarse la vida, y por eso hacía ya tiempo que esperaba la llegada del castigo divino. ¡Esta guerra criminal sólo podía terminar con la destrucción de todos aquellos que la habían consentido! A su marido lo había matado un guerrillero en Rusia, a su hijo un maquis en Bretaña. Le parecía natural que llegase ahora un miembro de la resistencia checa a vengarse también de ella.

El imponente edificio nobiliario comenzó a temblar. Un tintineo que era como de otro mundo cobraba cada vez mayor fuerza. A medida que las explosiones eran más próximas, temblaban más los cristales de las ventanas, los abalorios de las lámparas y las copas en la vitrina.

¡Dios misericordioso!, rezó Elisabeth de Pomerania mientras retrocedía hacia el salón como si invitase al huésped a seguirla. ¡Lo mismo da un cuchillo que una bomba, pero que sea pronto!



Su asesino cerró la puerta con el pie y con la mano libre abrió una bolsa llena de correas.

¿Truenos?, se preguntó con asombro el inspector jefe de la policía criminal alemana, Buback, ¿en febrero? Antes de que le diera tiempo de pensarlo mejor, impactó. Sabía que era un proyectil de gran potencia, que había sido lanzado desde un avión y que había caído endiabladamente cerca.

La sede de la Gestapo en Praga, donde tenía su despacho como oficial de enlace del Departamento de Policía Criminal del Tercer Reich, tembló brutalmente durante toda una eternidad, pero al final se mantuvo en pie. A continuación se produjo el célebre silencio que sigue al impacto, se detuvo el tiempo. Y luego comenzaron a sonar enloquecidamente las sirenas, y los funcionarios y las secretarías empezaron a correr por las escaleras hacia el refugio.

Él permaneció inmóvil mirando aquellos dos rostros.

El sótano de la antigua Banca Petschek le resultaba antipático. Algunas cajas de seguridad habían sido convertidas en celdas y al parecer allí se ayudaba a algunos presos políticos a recuperar la memoria, con métodos bastante expeditivos. Pero lo que lo había retenido allí esta vez había sido el asombro: era como si la explosión hubiera resucitado a Hilde y a Heidi.

La foto enmarcada lo había acompañado en sus viajes durante toda la guerra. Los despachos cambiaban cada vez que él cambiaba de ciudad y de país, pero en todos ellos le sonreían aquellas dos versiones, una mayor y otra más joven, de ese cariño que resplandece en silencio, en

el que encontraba la paz. Con sus rostros de por medio, captados con tanta vivacidad durante el último viaje que hicieron en avión a Sylt, antes de la guerra, celebraba reuniones o interrogatorios, y por lo general no era consciente de que estaban allí. Pero no pasaba una hora sin que se acordase, en un breve estallido de alegría, de que las dos estaban en alguna parte, de que estaban vivas y eran suyas.

Las tenía sobre la mesa el año pasado en Amberes, mientras los funcionarios de otros departamentos quemaban legajos en el patio, antes de empezar la retirada. Estornudaba, en aquel preciso momento, porque el picor del humo le irritaba la mucosa. Tardó un rato en comprender el sentido de lo que le decía por teléfono la voz desconocida que le anunciaba que las dos estaban muertas. La sonrisa de la foto, que aún conservaba el calor de esa presencia que salva las distancias entre quienes están vivos, hacía del todo imposible que fuese cierto lo que estaba oyendo. Así que el oficial de la central de Berlín tuvo que leerle el informe policial.

Desde la amenazada ciudad de Dresde, para alivio suyo, Hilde fue enviada a dar clases a los huérfanos de guerra a aquella aldea francona, rodeada de murallas medievales, en la que desde tiempos inmemoriales sólo se producía vino. ¡No podía figurar en ningún listado de objetivos militares de los aliados! Hilde y Heidi fueron las únicas víctimas de una bomba perdida que, sin aviso previo, cayó en pleno mediodía sobre la casa de la maestra.

Cuando comprendió lo que había ocurrido, el cambiante gesto de los rostros de la foto se convirtió en una

mueca inmóvil. La siguió poniendo en las mesas de otros despachos, pero estaba fría como una tumba, no despertaba en él la menor emoción. Ni siquiera pena. Hasta ahora, al explotar otra bomba muy cerca de él.

¡Sí! Lo supo de repente, tuvo que haber sido idéntico a este mediodía praguense. Seguro que estaban sentadas frente a frente, en la cabecera de la mesa una silla vacía y un plato puesto para él, tal como lo hacían, tercamente, desde el día en que les hizo su única visita. ¡De modo que en realidad estaba con ellas en el momento en que, sin dolor ni miedo, el estallido y la llamarada las convirtieron en ceniza y humo!

Aquella inesperada explosión en su inmediata proximidad fue como si estallase directamente dentro de él la liberadora noticia de que a sus amores se los había llevado el ángel de la buena muerte. Ahora se los devolvía. Los rígidos rasgos de la foto se hicieron más suaves, recuperaron el calor de antes, ya estaban las dos con él, Hilde y Heidi, como entonces, cuando les hizo la foto, cuando aún estaban vivas. Maravillado, apenas se percató, algo más tarde, de que Kroloff había entrado en su despacho.

El ayudante que le había designado la Gestapo, que seguramente también se encargaba de vigilarlo, se afeitaba casi a diario su alargado y estrecho cráneo para que le creciese el pelo con algo más de fuerza cuando terminase la guerra. Venía a informarle de que el impacto de la bomba había arrancado de cuajo el edificio de la esquina de aquella manzana. Justo enfrente del Museo Nacional, se lamentaba, un par de metros más y a los checos se les hubieran quitado las ganas de alegrarse de las ruinas humeantes del palacio de Zwinger.

Un par de metros, se dijo Buback, y ya estaría con ellas, sin dolor y sin miedo... Lo oía hablar sin prestarle atención y tuvo que pedirle que le repitiera la otra noticia. Llevaba mucho tiempo convencido de que ya nada podría sorprenderlo. Las novedades que le traía Kroloff le hicieron perder esas ilusiones. De semejante salvajada tendría que informar personalmente al Standartenführer Meckerle.

La ciudad de Praga le resultaba irreconocible a Morava. Era como si al cabo de seis años se hubiese recuperado del trauma de la capitulación de Munich. Para llegar desde la Prefectura de Policía hasta la Avenida Nacional, su chófer tuvo que esperar varios minutos y ceder el paso a una larga fila de coches de bomberos y ambulancias, que dejaban tras de sí la estela del olor de sus motores de gasógeno. Por las aceras corrían los hombres y tropezaban las mujeres, todos en una misma dirección: hacia el río Vltava. Las emisoras de radio extranjeras informaban desde la madrugada del arrasador bombardeo nocturno de la aviación aliada sobre Dresde, y la reciente incurción, a pesar de su brevedad, hacía temer que a Praga le esperara el mismo destino.

El subinspector de la policía criminal Morava no compartía esa opinión. Además, era optimista de nacimiento. Por otra parte, no creía que los aliados, cuando se estaba acabando la guerra, fueran a atacar la capital de un país ocupado cuya independencia habían reconocido, y los informes de la vigilancia aérea indicaban que sólo habían caído unas pocas bombas de algunos aviones. En la Prefectura de Policía la opinión más extendida era que

se había tratado del trágico error de algún piloto, debido a la similitud entre ambas ciudades.

A pesar de ello, el plan de emergencia se puso en marcha de inmediato. Funcionarios de todas las secciones salieron hacia los lugares alcanzados por las bombas para controlar las tareas de rescate y comprobar los daños y las pérdidas. Morava también se estaba preparando para salir y se sorprendió de que el comisario jefe lo hiciera volver del patio al despacho.

—Las catástrofes no estimulan sólo a los samaritanos, a los perturbados también. ¡Le toca quedarse de guardia, Morava!

Durante la Primera República, en los tiempos de Masaryk, el comisario jefe era un personaje legendario, el terror de los bajos fondos de Praga, y como siempre había insistido en mantenerse al margen de los partidos políticos, ni siquiera los alemanes habían puesto en duda su capacidad profesional. Pero sólo tenía atribuciones sobre los delincuentes checos. De interrogar a los alemanes, y eventualmente de castigarlos, ya se encargaban los funcionarios de las fuerzas de ocupación.

Morava sabía que debía aprovechar el tiempo disponible para resolver los casos pendientes. La línea del frente se iba aproximando desde el este y aquella marea arrasaba, junto a las pobres víctimas, a la escoria de la sociedad. Pero no era precisamente eso lo que le pedía el cuerpo. Puso la radio para averiguar algo más sobre la herida que recorría Praga desde Smichov a Pankrac, pasando por Vinohrady. La música clásica era señal de que la censura seguía filtrando hasta la más inocente noticia oficial.

De lo que tenía ganas era de ver a Jitka. Podía echarle otra vez la culpa al estupendo café de achicoria. Se armó de valor y se dirigió, cruzando el pasillo, al despacho de Beran. Ella lo miró con unos grandes ojos castaños que siempre lo dejaban perplejo. ¿Qué hace una tímida ovejita como ésta en la sección de horrores y espantos? Pero si no hubiera sido por eso, nunca se habría topado con ella. Antes de que tuviera tiempo de saludarla, sonó el teléfono.

–No, no está –dijo con voz de alumna aplicada–. El señor comisario jefe ha salido... No, lo lamento, no lo sé... Están todos fuera, por lo del bombardeo, el que está aquí es el señor subinspector... Sí, cómo no, se lo paso.

Ella le pasó el teléfono y la seriedad de su sonrisa lo despistó de tal manera que tardó en darse cuenta de quién era el que le gritaba.

–¿Quién es usted?

–Primero haga el favor de decirme usted quién llama –respondió indignado.

–Soy Rajner, y ahora, ¿tendría la amabilidad de decirme su distinguido nombre?

–Morava... Jan Morava... señor prefecto, usted perdone...

–¡Así que Morava! –prosiguió la voz del odiado y temido prefecto de policía, curiosamente en un tono más amable–. Óigame bien, coja un coche de servicio, o si prefiere un taxi, y vaya a la ribera del Vltava, al número cinco, al último piso, pero a toda leche. Se han cargado a una señora alemana de mucha alcurnia, y parece que a lo bestia.

El cerebro le volvió a jugar una mala pasada. Se permitió hacer una objeción.

–Los casos alemanes ya se ocupa de resolverlos la Gestapo, señor pre...

—Son ellos precisamente los que han pedido que se encargue Beran. Y mientras yo lo sigo buscando, haga el favor de presentarse por lo menos usted. Y haga el favor de andarse con cuidado, ¿me entiende?

El mensajero de los nazis ya había colgado, pero él seguía con el auricular pegado a la oreja y parecía que le ardían las mejillas. Jitka estaba destrozada.

—Dios mío, no le dije quién era...

Él colgó y le sonrió de inmediato.

—No ha pasado nada, de verdad. ¿Habrá alguna bicicleta por ahí?

—Yo me encargo de conseguirle un coche, espéreme un momentito abajo.

Iba tras ella fascinado por su manera de andar, como si flotara. Y sintió celos al ver que a sus encantos no se resistía ni siquiera el guaperas de la Sección Cuarta, Tetera, el jefe del parque móvil, que aceptó llevarlo personalmente en un coche que acababa de lavar.

En cuanto doblaron a la izquierda por la esquina del Teatro Nacional sintió el olor a quemado y enseguida vio una columna de humo. La casa de la esquina del puente de Jirasek, al que los alemanes le habían cambiado el nombre por el de puente de Dienzenhofer, estaba semi-derruida y ardía. El coche se metió en medio de un temporal de nieve negra. Del cielo azul caía hollín y trozos de papeles a medio quemar. Consiguieron pasar a lo largo de la serpenteante cola de tranvías parados pero se quedaron bloqueados por la muralla de coches de bomberos. Morava se sorprendió mirando hacia arriba con la boca abierta, igual que el chófer. A las víctimas se había acostumbrado con el tiempo, las veía como maniqués

extraños. Pero era la primera vez que veía las tripas calcinadas de una casa de vecinos.

Los cuatro pisos de arriba se habían derrumbado sobre el de abajo, dejando sobre el muro del edificio contiguo un variado tablero de ajedrez de paredes pintadas, empapeladas y cubiertas de azulejos. En ellas había cuadros, tapices, espejos, apliques, estanterías con libros, barras con toallas, percheros con batas y hasta lavabos y retretes. Morava pensó en la gente que los habría usado y se estremeció. En su oficio, había aprendido a entender la muerte violenta como una alteración extrema de las normas de convivencia; tenía algún motivo, a veces enfermizo pero siempre identificable. Que hubieran borrado del mapa a toda aquella cantidad de gente, a todas aquellas personas que esperaban además la llegada de los aviadores como ángeles salvadores, carecía por completo de sentido.

Un policía enfadado les ordenó que se quitaran de en medio. Morava le dijo al jefe del parque móvil que se marchase y se quedó allí, aunque temiendo que su colega aprovecharse la ocasión para pedirle a Jitka alguna recompensa por el favor que le había hecho. Sacó su credencial y se abrió paso entre los bomberos y sus equipos hasta llegar al número cinco, que era el segundo edificio a partir del que se había hundido. Unos pocos cadáveres destrozados tendidos sobre lonas no le impresionaban, le recordaban sus casos habituales. Puso cuidado, sobre todo, en no mojar sus zapatos de piel de imitación en los charcos que rodeaban las bocas de riego.

Apretó inútilmente un timbre que sin duda era el del portero. Luego lo intentó con el picaporte de las pesadas puertas de entrada y descubrió que no estaban cerradas



con llave. Un pasillo interior adornado con trozos de mármol que formaban la palabra SALVE lo condujo hasta un ascensor de madera oscura, amplio como una habitación pequeña. Subía con majestuosa lentitud y sin ruido. Cuando salió, en el último piso, tenía todavía la sensación de haberse confundido de lugar.

De inmediato se abrió la puerta de la casa y en el umbral apareció un tipo con un abrigo de cuero que no podía ser sino de la Gestapo.

—¿El comisario jefe? ¡Por fin! —dijo en alemán.

—Está en camino —dijo Morava—. Yo soy su ayudante, me envía el prefecto Rajner.

Su buen alemán surtió efecto. El individuo, en un tono algo más amable, le hizo con el mentón seña de que lo siguiera. En la habitación había varios hombres. Y encima de la mesa algo como jamás antes había visto. Cuando comprendió lo que era, por primera vez en muchos años, se le revolvió el estómago.

Desde aquel banco, en la orilla izquierda del Vltava, había una vista espléndida. ¡Como si estuviera en un palco!, se dijo satisfecho. ¡Como desde el coro de la iglesia! El sol de febrero no había conseguido atravesar la capa de aire frío ni siquiera después de mediodía, pero él tenía muchísimo calor. Se desabrochó el chaquetón guateado, apoyó la bolsa sobre las piernas y dejó los brazos colgando del respaldo. Así, recostado, observaba el teatro que se desarrollaba ante sus ojos y poco a poco iba recuperando los sentidos.

Estaba contento de que nadie viniese a molestarlo. La calle que bordea el río estaba desierta, la ciudad se com-

portaba como un erizo cuando se cierra sobre sí mismo porque todavía se siente en peligro. Sólo frente al edificio hundido de la esquina, al otro lado del río y a la izquierda, se agolpaban los bomberos y las ambulancias. Lo que a él más le interesaba, naturalmente, era el otro edificio, aquel del que había salido un rato antes, ¿hace ya cuánto tiempo? Dirigió la mirada hacia la muñeca de su mano izquierda, veía perfectamente las manecillas del reloj pero era incapaz de concentrarse.

Ya tenía que haber pasado algún tiempo. Pero fue después de que dejase atrás las ruinas del edificio en llamas y de que cruzase lentamente, fatigado, el puente cubierto de astillas y de trozos de ladrillo, mucho después aun de que se sentase a descansar en el banco, cuando al otro lado sonó la primera sirena y apareció el primer coche de bomberos. En cambio a SU casa llegaron dos coches mucho antes de lo que esperaba. ¡Aquel hombre!, recordó, aquel bruto que me saludó en la escalera. A ése TAMBIÉN tenía que haberlo...

¡No! No podía matar a nadie sin motivo, y menos a un hombre. Él no era un criminal, era un INSTRUMENTO. Había sido elegido para LIMPIAR. Por eso también se le había indicado LA MANERA. Aquella vez en Brno lo había estropeado, sí, había fallado vergonzosamente. En el periódico dijeron que el autor tenía que ser un PERVERTIDO. Pero es que lo hizo con muy poca habilidad. Y por eso no habían reconocido el MENSAJE. Suerte que él mismo no hubiera sido castigado por aquel fallo. ¿Suerte?

¡AÚN ERA NECESARIO!

Rio en voz alta, satisfecho de que hoy le hubiera salido tan perfecto. ¿Qué cara pondrán? ¿Qué dirán? ¡Esta vez

habrán tenido que comprender! ¡Y lo que escribirían sobre él iba a ser muy distinto! Y a lo mejor hasta publicaban una foto, seguro; era algo imposible de explicar con palabras. Lo que lo excitaba era que ellos mismos aportarían lo único que faltaba: la prueba. ¡La imagen fiel e indudable de su obra, tan parecida a la imagen que aquella vez le puso como EJEMPLO ELLA!

Hasta ahora, en realidad, no se había dado cuenta de todo lo que había sucedido en aquella casa. Ahora era consciente de que mientras lo hacía estaba curiosamente ido, como si no obedeciese a su propia voluntad. Lo que hacía, veía y oía no llegaba a su conciencia ni a sus sentimientos. Quedaba registrado. Y ahora comenzaba a proyectarse con retraso, como una película rebobinada.

El pasado volvió a hacerse presente, hizo que se ocultara el sol y hasta que se oscureciera el río, en la penumbra de la habitación ahora sí que revivía cada uno de sus movimientos y percibía cada una de las reacciones de ella. Y se quedaba asombrado de su sangre fría y de la habilidad manual con que ejecutaba, con rapidez y precisión, aquella tarea tan, pero tan, compleja. No, ya no era aquel pobre patoso de Brno; sin darse cuenta, durante aquellos años aparentemente desperdiciados se había ido convirtiendo en un maestro, como aquel pintor desconocido.

¡Ella también tenía que haberlo notado! En lugar de quejarse y chillar como una loca, como la furcia aquella de Brno, que hasta se cagó encima, ¡que asco!, eso fue lo que más le repugnó, ésta enseguida había reconocido su DERECHO. A lo mejor no hubiera gritado aunque no la hubiera amordazado, pero él no podía correr semejante

riesgo. Dejó de vivir sin que él se diese cuenta, porque incluso después seguía fijando en él la mirada, casi pertruna. Terminó de hacer lo que faltaba y cuando dio un paso atrás vio QUE ESTABA BIEN.

Así terminó la película, se hizo la luz, y el río volvió a estar en su sitio. Comprobó que el descanso lo había dejado aún más cansado. Pero no tuvo compasión y le dio a los músculos fatigados la orden de que lo levantaran a él y a la bolsa y lo llevaran a través de aquella ciudad que le era tan poco familiar a buscar el sitio donde comunicarle el cumplimiento de la orden a AQUELLA que se la había dado.

Por la ventana, a la que la onda expansiva le había roto el cristal, penetraba la helada luz del día. El aire frío taponaba el estómago. Y el subinspector Morava ponía en juego todas sus fuerzas, como solía hacer al comienzo de su carrera, para no comportarse como un principiante delante de los alemanes. Eran seis, todos menos uno llevaban los largos abrigos de cuero que durante el Protectorado se habían convertido en el uniforme civil de la policía secreta. Parecía que el que estaba al mando era un gigante con unos pectorales que amenazaban con reventar el cuero del abrigo.

Saludó a todos a la vez y le respondieron con una inclinación de cabeza expectante que él decidió interpretar como una invitación a que procediese según lo habitual en estos casos. Sin más preámbulos, sacó la libreta y empezó a tomar notas para el informe posterior en una página en blanco. Era el estilo de Beran: un profesor de la academia de policía, Morava, se partiría de risa, pero

para cualquiera de los nuestros es la única manera de hacerse una idea personal de la situación, antes de que la terminología especializada lo deje todo borroso.

Y, efectivamente, lo dejaron trabajar en paz, y hasta hablaban en voz baja, como para no molestarle. Incluso tuvo ocasión de observarlos desde cierta distancia y de pensar en lo que podían querer de él. Así, al menos, no tenía que dedicar toda su atención a aquel espectáculo asqueroso.

El único que se comportaba como un criminalista era el que iba de civil, con una chaqueta beige de manga ranglan: seguía en silencio sus movimientos alrededor de los pequeños restos de cristales que había junto a la mesa en la que estaba la parte superior del cuerpo de la mujer, y lo observaba mientras iba llenando con letra pequeña los renglones de la libreta. Pero el que se dirigió a él cuando terminó de tomar notas fue el de la espalda ancha. Se notaba a lo lejos que era un alto cargo de la Gestapo y hasta separó las piernas y puso los brazos en jarras, al estilo de su Führer.

—¿Su opinión?

Le respondió, como le habían enseñado, con la mayor concisión posible.

—Un asesinato sádico.

El alemán elevó el tono de voz.

—Eso ya lo habíamos notado. ¿Es todo lo que sabe?

Morava siempre había tenido problemas con la gente que levantaba la voz. El gritón de su padre, mientras vivió, siempre lo tuvo por miedoso y no consiguió librarse de esa fama hasta que se marchó a Praga. El comisario jefe Beran había sido el primero en darse cuenta de que se trataba de un rechazo natural a las demostraciones de